

pensar que Isabel iba á pagar con su cariño los beneficios que le habia dispensado.

Aquella ventura debia, sin embargo, hallar obstáculos.

Una mujer infame habia jurado vengarse de Inés.

No la perdía de vista y queria herirla en lo que más ama una madre en el mundo: en su adorada hija.

Aquella mujer era la gitana que en su juventud la habia perseguido.

Pero antes de saber lo que hizo en contra de su enemiga, vamos á ver los medios que empleaban los adversarios de Colón para recuperar lo perdido.

## Capítulo XI.

### Una teoría puesta en práctica.

La reina habia sido sincera.

Colón habia despertado siempre en su ánimo admiración y afecto, y la idea de verle cargado de cadenas, ultrajado por un representante suyo, habia operado una reacción en su ánimo, y estaba resuelta á indemnizar al almirante de sus sinsabores, rehabilitándole en sus cargos y dignidades, y haciendo ostensible el gran aprecio que le profesaba.

A pesar de la falta de salud de la reina, de la profunda tristeza que se habia apoderado de su corazón, y que debia muy en breve llevarla al sepulcro; á pesar, en fin, del carácter ambicioso y poco expansivo de don Fernando, ejercia poderosa influencia sobre él.



No podía ménos de suceder así.

Su union habia nacido de un amor verdadero, y este amor no se habia extinguido en medio del engrandecimiento político, la prosperidad creciente del país, al reunir las dos coronas y refundir sus estados en uno solo.

Pero el tiempo, que vá secando poco á poco en el alma los sentimientos generosos, al mismo tiempo que condenaba á la pobre reina á dovorar en silencio la inmensa pena que causaba en su alma la muerte de su hijo, las disensiones de familia que su esposo provocaba, éste, halagado por los triunfos que habia obtenido, convencido ya de que el descubrimiento de las Indias engrandecia á la metrópoli y podia ser una mina inagotable para el tesoro de España, deseaba que estuvieran al frente de las colonias hombres capaces de satisfacer su codicia, y este fué el flaco que explotaron los enemigos de Colon para aplazar la rehabilitacion, que ambicionaba más que su vida propia.

Fonseca, á quien repito no es posible considerar sino como el resultado de una aberracion lastimosa; aquel hombre, que gracias á su talento habia logrado captarse la confianza de la reina y la consideracion del rey; aquel hombre que tuvo en sus manos los medios de que los descubrimientos de Colon fuesen para España tan ventajosos como el almirante habia querido, obedeciendo al bajo sentimiento de ódio, de venganza, que experimentaba por las humillaciones involuntarias á que le habia condenado Colon, viéndole perdidas sus esperanzas y arruinado.

reina estaba resuelta á protegerle, recordó la terrible teoría que tantos estragos ha hecho en el mundo, esa teoría que se formula en esta lacónica frase: *divide y vencerás*.

Necesitaba, pues, para sofocar los generosos sentimientos que el infortunio de Colon habia despertado en la reina, para contrarestar la influencia que la esposa habia ejercido sobre el esposo, abrir un abismo entre los dos, y cautelosamente dió manos á la obra.

Mientras el almirante descansaba en el seno de su familia, mientras que se desarrollaban en torno suyo todos los elementos para un drama, el obispo Fonseca veia á menudo á la reina Isabel, pasaba largas horas en la cámara del rey Fernando, y cada una de estas entrevistas era un golpe de muerte que daba al esplendor de España, á la gloria del primero de sus almirantes, á la felicidad doméstica de aquellos soberanos, que hasta entonces habian recibido á manos llenas los dones de la Providencia.

—¡Ah! Señora,—exclamaba Fonseca cuando se hallaba á solas con la reina;—comprendo vuestra pena, comprendo las lágrimas que á cada instante surcan vuestros ojos. ¿Qué es la felicidad conyugal, qué es el amor de un pueblo, qué son los triunfos obtenidos en la guerra, qué la satisfaccion de haber arrojado á los infieles del territorio de España y haber colocado donde estaba la Media Luna el signo santo de la Redencion? ¡Ah! Si; todo esto es grandioso, todo esto aumenta el prestigio del soberano; pero cuando en medio de la alegría del triunfo, en medio de las satisfac-



ciones se pierde al único hijo, á la única esperanza del corazón de una madre, de la dicha de un pueblo, las pasadas alegrías son torcedores, son martirios crueles, y sólo hay tiempo para llorar pérdida tan inmensa.

La reina agradecía aquellas frases que retrataban el verdadero estado de su corazón.

—¡Cuán bueno sois, Fonseca!—le decía.—Ninguno como vos me comprende, ninguno como vos penetra los misterios del corazón de una madre.

—Yo bien conozco,—añadió hábilmente Fonseca,—que vuestra majestad desearia que participase de los mismos sentimientos el rey don Fernando, mi señor. Grandes consuelos recibiria vuestra alma si en vez de vivir apartado de vos vuestro augusto esposo, pasara las horas en vuestra compañía, recordando las esperanzas y los proyectos, patrimonio de días más felices. Pero los hombres, mucho más cuando ciñen una corona á sus sienes, tienen otros deberes que cumplir.

Hay ocasiones en las que, preocupado con los altos negocios de la nación, parece que el rey ha olvidado por completo la muerte de su hijo. La gloria le seduce; las guerras que sostiene le preocupan... ¡Oh! Pero yo estoy seguro de que, aunque no lo manifiesta, en el fondo de su alma tiene siempre un recuerdo para su hijo.

Y de este modo, haciendo ver á la reina que nunca hablaba el rey del infante don Juan, que sólo ambicionaba la gloria y la sed de conquistas absorbía

su imaginación, le presentaba á sus ojos como un hombre sin alma, egoísta, insensible, y aumentaba el dolor de la esposa y de la madre.

Distinto era el sistema que empleaba con don Fernando.

Fonseca estaba convencido de que los países descubiertos encerraban en sus entrañas inagotables riquezas.

Pero no quería que volviese Colon á ocupar el puesto que habia desempeñado.

Quería que la última impresión que produjera en la India fuera la que habia causado su llegada á la metrópoli cargado de cadenas.

Por sus conversaciones con el rey pudo convenirse de que don Fernando, al ver que el rey de Portugal y el rey de Inglaterra enviaban continuamente expediciones marítimas en busca de países nuevos, deseaba ensanchar las conquistas iniciadas por Colon, y necesitaba para conseguir su objeto halagar sus esperanzas, porque al mismo tiempo que las halagaba podría influir en su ánimo, demostrándole que no era ya el almirante la persona que debía gobernar sus estados de allende el mar.

De acuerdo los dos en que era necesario conservar los países descubiertos,

—Idead,—dijo el rey á Fonseca,—el medio de organizar la administración de las colonias.

Fonseca sometió su plan al monarca.

—En mi opinión,—le dijo,—convendría nombrar varios alcaldes para que administrasen todos los gru-



pos de población establecidos y que se establezcan, dependientes de un gobierno general, que puede radicarse en Santo Domingo.

Fonseca dió esta organización para aumentar la importancia del cargo que hasta entonces había desempeñado Colón, y para que sufriera su amor propio al ver que desde el momento en que se elevaba á mayor altura el cargo que había desempeñado, no le consideraban los reyes con las condiciones necesarias, con la capacidad conveniente para desempeñarle.

—Organizada así la administración,—dijo el rey á Fonseca,—tendrá que volver á su puesto Colón.

—Tales parecen los deseos de su majestad la reina, y bien merece el almirante esa rehabilitación. Pero la verdad es que un cargo de esa especie, que tan omnímodos poderes necesita el que represente en las Indias á vuestras majestades, debe exigir al agraciado algún vínculo con la corona, algún vínculo con el país, y al fin y al cabo los Colones son extranjeros, no sienten el orgullo nacional, y sobre todo hay que tener presente una cosa: los contratos que el almirante ha hecho con vuestras majestades son onerosos para la corona de España.

—Eso es muy cierto.

—Al concederle vuestras majestades la protección que imploraba para emprender su viaje de exploración, nada más natural que ofrecerle grande ventajas, porque al fin y al cabo no se sabía si fracasaría su empresa. No seré yo quien aconseje que no se cum-

plan los tratados hasta ahora, pero en lo sucesivo deben modificarse.

En efecto: nadie podía presumir la extensión de los países que se ocultaban en medio del Océano, ni los tesoros que encerraban en sus entrañas.

—De no poner coto á las prerogativas que le han concedido vuestras majestades, puede llegar con su importancia á ser, despues de vuestras majestades, la primera persona de España, y esto no lo verían con gusto los nobles, que á fuerza de heroicas hazañas y de costosos sacrificios han ganado los puestos que hoy disfrutaban en la corte.

—Con efecto; los contratos deben revisarse, deben modificarse en un sentido más equitativo.

—En un sentido,—añadió Fonseca,—que pueda impedir al almirante que vuelva algún día á regir los destinos de las colonias, á olvidar sus deberes, pro clamándose soberano de aquellos países, y arrebatando á la corona de España una de sus mejores joyas.

Esta idea, que no se le había ocurrido al monarca, acabó de decidirle á oponer toda clase de obstáculos á la rehabilitación del almirante.

—No volverá á ser gobernador de Santo Domingo,—dijo el rey.

Fonseca tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su alegría.

Convino con el rey en que debían fomentar la pasión de los descubrimientos que en todos los marinos de España se había despertado, y el rey decidió, en-



tre tanto, oponerse con habilidad, con resistencia pasiva á que se devolviesen á Colon las dignidades y privilegios que se le habian otorgado, y de los que no podian despojarle por ningun concepto.

## Capítulo X.

### Pretextos especiosos.

El rey llegó á identificarse con Fonseca en las cuestiones de las Indias.

Pero la reina insistia en cumplir la palabra que habia dado al almirante, y su esposo, aunque hábil y astuto, necesitaba del auxilio de Fonseca para convencer á la reina, porque no queria disgustarla, hallándose, como se hallaba, enferma y triste.

Colon insistió cerca de los monarcas para que apresurasen su rehabilitacion.

—¿Qué hacer?—dijo el rey á Fonseca.

Fonseca figuró que improvisaba lo que ya habia pensado hacia tiempo.

A las peticiones del almirante contestó el rey en estos términos:

—No dudeis, mi buen amigo, —dijo á Colon, — que